

La juventud antisandinista y su oposición al FSLN

A partir de esta entrega quiero empezar a describir las principales características de las posiciones antisandinista y sandinista, así como a explorar las brechas y coincidencias que las unen y separan con el postsandinismo

Andrés Pérez Baltodano | 21/7/2014

Tal como lo indiqué la semana pasada, el pensamiento *postsandinista* no fue el único que se expresó en el blog *Generación XXI* que sirvió de base al libro del que se alimenta esta columna. En ese blog también se expresaron opiniones *sandinistas*, o de apoyo al FSLN; y *antisandinistas*, o de oposición al FSLN. Esta división es reflejo de la polarización política que ha vivido el país desde el triunfo de la Revolución Sandinista en 1979.

Durante la década de los 1980s, las fuerzas políticas del país se dividieron entre “revolucionarios sandinistas” y “vendepatrias antisandinistas”. Con el colapso del experimento revolucionario en 1990, las fuerzas políticas nicaragüenses continuaron predominantemente divididas entre sandinistas partidarios del FSLN y antisandinistas opositores de ese partido. Basta recordar los nombres de Arnoldo Alemán, Enrique Bolaños y Fabio Gadea –líderes de las alianzas electorales de oposición al FSLN en las últimas elecciones– para apreciar la fuerza y vigencia del antisandinismo en nuestro país. Basta también apreciar los fracasos del Movimiento de Renovación Sandinista (MRS) y del Rescate del Sandinismo para renovar o rescatar el significado político de la palabra “sandinismo”, para reconocer que la *realpolitik* nicaragüense gira alrededor del sandinismo del FSLN en el poder. Esto no significa que no existan sandinistas “honestos” o “buenos”. Yo personalmente conozco a muchos/as de ellos/as. Sin embargo, no son una fuerza política real. Son, simplemente, el triste recuerdo de lo que pudo haber sido y no fue.

Así pues, las posiciones *sandinistas* y *antisandinistas* que se expresaron en *Generación XXI* ofrecen una ventana a la polarización que vive Nicaragua. Para los efectos de esta columna, estas posiciones se han dividido en *razonadas* y *no-razonadas*. En las primeras se incluyen aquellas que articulan y exponen las razones del antisandinismo que expresan. Las segundas expresan un rechazo emocional –no razonado– a cualquier cosa que dice o hace el gobierno de Daniel Ortega.

Las opiniones de apoyo al FSLN también se dividieron en razonadas y no-razonadas. Las primeras incluyen una explicación y justificación del apoyo expresado al FSLN. Las segundas expresan una adhesión partidaria acrítica, y/o un rechazo estrictamente emocional a cualquier crítica que se haga de las actuaciones del sandinismo en el poder.

Finalmente, la posición *postsandinista*, sintetiza el pensamiento de aquellos jóvenes para quienes la solución de la crisis nicaragüense no se reduce a cambiar políticos y gobernantes. Nuestra crisis, desde la perspectiva de esta posición, demanda un cambio sistémico.

A partir de esta entrega quiero empezar a describir las principales características de las

posiciones *antisandinista* y *sandinista*, así como a explorar las brechas y coincidencias que las unen y separan con el *postsandinismo*. Mi principal interés es explorar cómo el *postsandinismo*—entendido éste como una manera de pensar políticamente nuestro país—puede extenderse en el país mediante el reconocimiento y la integración de las legítimas demandas que forman parte del *antisandinismo* y del *sandinismo*. En otras palabras, me interesa explorar cómo el *postsandinismo* puede contribuir a la superación de la polarización que vive Nicaragua. Esta polarización se ha intensificado, si nos atenemos a los resultados de una encuesta hecha por el Proyecto de Opinión Pública de América Latina (LAPOP), publicada por *Confidencial* en un artículo de Cinthia Membreño la semana pasada. La encuesta muestra que “el porcentaje de personas que respetan ideologías políticas distintas a la propia descendió del 60% en 2010 al 47% en 2014, trece puntos porcentuales menos en tan sólo cuatro años”.

La posición *antisandinista* razonada

Las críticas expresadas por este grupo están fundamentalmente dirigidas a las acciones del FSLN contra la institucionalidad política del país. En sus integrantes prevalece la idea de que la protección de la ley y las instituciones del país tiene, o debe tener, precedencia sobre cualquier cosa.

Así pues, “la democracia” es la principal y casi exclusiva bandera de los que integran la posición *antisandinista* razonada. Su principal temor es la consolidación de una dictadura de larga duración. El siguiente es un ejemplo de las opiniones expresadas por los/las integrantes de esta posición en el blog *Generación XXI*, durante la campaña electoral pasada:

Creo que Fabio Gadea no es la perfección encarnada, pero creo que en este momento, dado lo altísimos riesgos que enfrentamos no sólo de parte del Orteguismo sino también de su socio Alemán, Gadea Mantilla es una gran oportunidad para sembrar esperanza en el pueblo y para avanzar hacia la democratización y el respeto de las instituciones y las leyes.

La democracia a la que hacen referencia los que integran esta posición es, básicamente, la que en las ciencias sociales se conoce como “democracia formal”. Ellos/as ven la democracia como un mecanismo para elegir a las autoridades responsables de administrar las instituciones del Estado.

En varias de mis entregas al blog *Generación XXI* yo argumenté que la democracia es mucho más que elecciones y, por lo tanto, mucho más que lo que expresa y significa la democracia formal que defienden los y las integrantes de la posición *antisandinista* razonada. La democracia es, sobre todo, la expresión de un consenso que define los derechos y las obligaciones de los diferentes sectores que componen una sociedad; así como la manera en que en ésta se organizan las relaciones entre el Estado y el mercado, para proteger los derechos y hacer cumplir las obligaciones de los que integran estos sectores. En ausencia de este consenso, como lo señala Robert Dahl, los procesos electorales pueden tener un efecto negativo, ya que tienden a facilitar el fraccionamiento social o, simplemente, a legalizar divisiones existentes.

Desde 1990, Nicaragua ha vivido una democracia formal sin consenso social. Esta democracia formal ha funcionado como una ruleta que le otorga a los ganadores de los comicios electorales, la licencia para ignorar la Nicaragua del “otro” y la “otra;” las necesidades del “otro” y la “otra;” las aspiraciones del “otro” y la “otra”. El resultado de este patrón de conducta ha sido la fragmentación y la polarización que hoy vivimos.

Así pues, la visión de la democracia que defiende la posición *antisandinista* razonada es limitada y parcial. Los que integran esta posición tendrían que profundizar su comprensión de la idea, la historia, y la práctica de la democracia. Tendrían que tratar de entender mejor por qué la idea de la democracia que ellos proponen no logra atraer a los sectores sociales que apoyan al FSLN. Finalmente, tendrían que entender la democracia como *un esfuerzo por reconciliar la idea de la justicia con la idea de la libertad*.

La democracia que se enarbola como la defensa de una libertad que no toma en consideración los problemas económicos y de injusticia social que sufren millones de nicaragüenses, es fácilmente percibida como una amenaza por aquellos que sufren pobreza y exclusión en nuestro país. Esta democracia la maldijo Rubén, cuando dijo que era “baldón y ruina” para los desgraciados. Y la criticó con más fuerza Pedro Joaquín Chamorro, cuando señaló que la democracia no debe reducirse a la existencia de normas y procesos formales electorales. En el caso de un país con las características del nuestro, señaló PJCh, la democracia debe ser “un instrumento encaminado principal y casi exclusivamente al beneficio de los más pobres”.

Es importante señalar que en las contribuciones de los y las jóvenes que integran la posición *antisandinista* razonada, no se expresa el espíritu violento y autoritario que, como se verá más

adelante en esta columna, caracteriza a la posición *antisandinista no-razonada*. Los antisandinistas que razonan sus posiciones, sin embargo, tampoco muestran interés en dialogar con los y las jóvenes del FSLN; o una disposición para reconocer, explícitamente, la legitimidad de los intereses y las prioridades de los sectores populares que apoyan a este partido. Las personas que integran la posición *antisandinista razonada* simplemente quieren evitar la consolidación de una dictadura. Esta posición puede definirse como pragmática.

Lo que priva en los representantes de este sector es el deseo de poner fin al poder del FSLN. Esto los empuja con frecuencia a ver el liderazgo de la clase política que se opone a este partido, como el "mal menor" que hay que apoyar frente a la alternativa del "mal mayor" que representa el FSLN; o bien, como un paso intermedio hacia la consolidación de la democracia que defienden. Así expresaron estos sentimientos dos de las participantes en el blog *Generación XXI*:

Lo importante actualmente en Nicaragua es defender el Estado de Derecho que está siendo destruido por Ortega; lo importante es evitar que Ortega imponga una dictadura.

Lo que necesita el país es un alto en el camino. Acomodar la carga con un arriero que no se va a coger el mandado. La tarea principal es hacer que el arriero tome las riendas; la carga se acomoda en el camino.

La idea de que "la carga se acomoda en el camino," es una fiel representación del pragmatismo resignado que ha dominado nuestra cultura política a lo largo de dos siglos. Actuar políticamente bajo este principio, es asumir que podemos suspender el uso de la ética y la razón en el presente, con la esperanza de recuperarlas y aplicarlas en un futuro no definido.

En este sentido, la juventud que yo categorizo dentro de la posición *antisandinista razonada*, actúa ya como una extensión de la anquilosada clase política nicaragüense que, diariamente, nos ofrece ejemplos de su capacidad para pensar y actuar bajo el supuesto de que lo políticamente deseable, tiene que subordinarse siempre a lo que la realidad constituida y la moralidad dominante definen como posible.

¿Cómo poner fin a esta actitud frente a la historia? ¿Cómo impregnar nuestra política de un sentido ético que establezca nuestro desarrollo e impida los vaivenes que produce el pragmatismo resignado que nos empuja a adecuarnos a las circunstancias que dicta el poder, independientemente de la moralidad que las define? Y más importante aún, para los propósitos de esta columna ¿cómo revertir el proceso de socialización que ha empujado a una parte de nuestra juventud a actuar como hemos actuado los que les heredamos la miseria que, sin quererlo, ellos ahora han empezado a reeditar? Sigamos pensando y conversando.